

Monte Odina como síntesis de la narrativa senderiana

Clemente Alonso Crespo
I. E. S. Luis Buñuel, Zaragoza

Quisiera acercarme a éste, uno de los últimos libros publicados por Ramón J. Sender, desde la perspectiva del lector sereno, atento y plácido de sus narraciones, evitando la actitud del crítico, «donde se juzga en pandillas y en pandillas se escribe» (p. 463),¹ para evitar también el propio juicio senderiano en las memorias apócrifas que nos ocupan y no aparecer como el crítico, que «suele ser —con excepciones escasas, pero notables y memorables— un hombre extraño y un poco parásito» (p. 479).

No quisiera parasitar mi fervor y pasión lectora enturbiando con mis críticas, sino simplemente imaginar con las palabras que nos regala el autor, vibrar con sus emociones, que pueden coincidir con las mías, asentir en los encuentros mutuos con un territorio, con unos personajes, con la imaginación libresca de esta imaginada biblioteca, volar con su albatros y hasta disentir de sus digresiones cuando me parece que se le escapa el hilo narrativo. Al comienzo de *Monte Odina* escribe Sender: «Este libro tiene un carácter inusual que podríamos definir con una expresión igualmente

¹ Citaré siempre por la indicación de página correspondiente a Ramón J. SENDER, *Monte Odina*, Zaragoza, Guara, 1980.

EL LUGAR DE SENDER

infrecuente: memorias apócrifas. Es decir, para mayor exactitud: *verdaderas* memorias apócrifas» (p. 17).

Después de leer con calma *Monte Odina* puedo llegar a la conclusión de que las páginas de esta casi postrera obra senderiana responden, en su realismo de esencias que es toda su narrativa, a unas memorias tan verdaderas cuanto contradictoriamente apócrifas. Así pues, responden a un memorial biográfico, tanto en el territorio senderiano aragonés cuanto en los retazos novelescos de la propia biografía, como en su digresivo estilo tan definidor de sus novelas.

El autor fabula (noveliza, narra, ensaya) con su realidad real, biográfica, personal y el invento —también con base real y autobiográfica— de la organización de la biblioteca de don Francisco Laguna en Monte Odina, como archivero caprichoso (novelador) de los documentos inexistentes —o existentes en la imaginación senderiana— que allí se guardan.

Todo como búsqueda, al final de sus años,² del mito del eterno retorno que es Aragón —el Alto Aragón—, para nuestro autor, al encuentro de la libertad ansiada simbolizada por el volar del albatros, llegándose a la búsqueda del cometa Halley, dejado libre desde la mítica sierra de Guara, como termina el libro.

Qué mejor lugar como mito del retorno que encerrarse en una biblioteca apócrifa con los libros, personajes, recuerdos, paisajes y paisanajes, seres reales o ficticios, construcciones compactas o digresiones de cualquier dimensión.

Esto es lo que hace Sender con *Monte Odina*, la metafórica biblioteca junto a su ciudad por antonomasia, Huesca, su paisaje preferido, Guara, hacia los espacios abiertos pirenaicos y al encuentro de la libertad personal singularizada en el albatros que vuela con la esperanza del retorno del cometa Halley, que le devolverá a la infancia perdida y feliz con el abrazo definitivo a su desaparecido amigo Froilán.

Con la obligada apretada síntesis que me marca el tiempo adjudicado a esta comunicación veamos cómo discurren estas memorias apócrifas sobre un territorio, con una biografía y con un estilo digresivo característico del novelar senderiano.

UN TERRITORIO

Monte Odina, aunque no se diga expresamente en el libro epónimo, es o fue una finca perteneciente a las tierras del caserío de Ilche, a 7 km del núcleo de la población.

Es así como la recuerda el propio autor: «Al parecer, Monte Odina estaba en una llanura desierta como hay tantas en el Somontano aragonés

² Escrita en 1976, publicada en 1980. Sender muere en enero de 1982.

o en los Monegros, ricos de vino, de frutas y de cereales, y en esa dulce soledad que los que hemos andado por las grandes ciudades del mundo añoramos o envidiamos» (p. 31).

Quizá los recuerdos y el sueño del eterno retorno se le desatan a nuestro autor cuando recibe una carta de su hermana Carmen remitida tras la lectura por parte de ésta de un artículo del novelista leído en *Heraldo de Aragón*. «La casa era rara, porque toda la planta baja era almacenes de maquinaria, vivienda de los guardas, cosas raras. Una escalera exterior subía a la terraza y allí estaban las puertas de la vivienda de don Francisco, como un piso grande. No era la idea que yo me hacía de una casa de campo. Y no había pueblo. El pueblo, que se llamaba Odina, estaba a unos pocos kilómetros y abandonado por completo. [...] *Tu* biblioteca, que recuerdo claramente, daba a la terraza» (pp. 28-29). En ese lugar, Monte Odina, dice el autor: «estoy en “mi biblioteca” —una especie de gustosa cartuja—» (p. 27), y en otra ocasión: «Es éste un lugar ideal para ejercitar la memoria, la voluptuosidad intelectual y aguzar incluso el sentido crítico» (p. 19).

La memoria apócrifa de su esencialidad novelada, cuando contempla «desde la terraza [...] con los gemelos las lomas lejanas de Berbegal y de una finca parecida a Monte Odina que se llama Terreu, muy vasta y hermosa» (p. 79).

En definitiva, Monte Odina no es más que todo el territorio aragonés, el que una vez declaró que le acogió como ilergete del Alto Aragón y a él se atenía en su esencialidad humana, lo mismo que Monte Odina «[q]uedó en mi memoria [...] como una semilla que debía germinar y fructificar un día. Estas páginas las escribo pensando en aquella biblioteca en medio de un paisaje casi desierto, con cuervos graznadores y cigüeñas navegadoras, perros guardianes y noches estrelladas. Y grandes trigales ondulantes» (p. 32)

Por *Monte Odina* va a pasar todo un territorio aragonés y lugares como Jaca, Santa Orosia (p. 54), Boltaña (p. 55), Fraga (pp. 57, 250), Zaidín (p. 62), Loarre (p. 157), Benabarre (p. 64), Siétamo (p. 66), Huesca (p. 67), Zaragoza (p. 69), Tauste (p. 441), Caspe, Chalamera (p. 405), entre otros que recogen los recuerdos y memorias apócrifas senderianos desde su redacción americana con la imaginación anclada en la biblioteca mítica. Y hasta la referencia a la soñada España es traída hasta estas páginas entremezclada con sus propias creaciones literarias: «¡Las Tres Sorores! Restos del animismo primitivo. Yo he escrito una novela —es decir, he remodelado *Siete domingos rojos*— con ese título y sobre ese tema. Lejos de España las Tres Sorores crecen en el recuerdo» (p. 56). O por citar otras novelas y otros lugares: «Ese castillo de Fraga es, según el pintor Villadric, el de Urganda la Desconocida, nada menos. También he hablado de él en otra novela titulada *El fugitivo*» (p. 57).

Pero no quiero dejar pasar la referencia a los lugares de la infancia y juventud de Sender, nominados con pasión no exenta de lirismo como baterías que han recargado siempre las pilas de su creación novelesca,

EL LUGAR DE SENDER

aunque disfrazada y no expresada con la rotundidad con que lo hace en estas páginas donde el autor se confiesa. Así, sobre Huesca escribe: «Vivía yo entonces en el número 13 de la calle de Sancho Abarca, en un alto edificio mudéjar coronado de galería árabe que había formado parte de los palacios de veras regios de Lastanosa. [...]» (p. 67). Y a continuación hace un amago intimista, lírico, referido a uno de los seres por él más queridos, su madre, tan delicadamente pincelada en muy pocas ocasiones en sus escritos: «En el cuarto que hace esquina (piso principal) y que tiene un gran balcón al norte, por el que se ve el Salto de Roldán y otro al oeste, allí murió mi madre el día de Viernes Santo de 1926» (p. 67).

Las ruinas de los lugares no nominados como grandilocuentes de la historia pero intimizados cobijan y refugian a nuestro autor. Así: «el castillo-mansión de Siétamo, en el que tantas veces estuve, es uno de los que me habría gustado habitar. Es fuerte, hosco, bronco y nada pretencioso. Tiene historia sin abrumarnos con alguna clase de grandiosidad. Entre la historia, la memoria de las cabalgadas y la sangre de los vencidos se percibe el aliento de las vacas oloroso a heno mascado. Y el ruido del yunque donde un fuerte gañán repasa el filo de la guadaña. O la reja del arado. O del *aladro*, como dicen por allí» (p. 68).

Fuerte, hosco, bronco y nada pretencioso, referido al castillo de Siétamo. Quizás Sender está hablando de sí mismo.

El mismo que rememora las palabras aldeanas donde se asentó su personalidad, recogidas en *Imán* o en *Crónica del alba* o en *Réquiem por un campesino español* y también en *El lugar de un hombre*, por citar sólo algunos títulos, donde «[s]on los campesinos de las aldeas de Aragón los que se burlan ingeniosa y bondadosamente —sin intención satírica— del *pijaito* de la ciudad. Cada comarca tiene un nombre especial para ellos» (p. 122). Nombres, palabras que se convierten en señas de identidad territoriales, como cuando recuerda al zapatero de Ayerbe, que recibe tras largo tiempo a don Santiago Ramón y Cajal y le espeta: «Mal aconsejao andaste cuando te fuiste de mi taller, Santiaguico, que ahora mis parroquianos serían tuyos, porque viejo soy y barrunto el acabose» (p. 20).

Pero deseo sólo referirme a tres lugares muy queridos por nuestro autor y muy novelados en sus obras. Así, Loarre, del que escribe: «Para mí Loarre es el refugio oscuro del inconsciente histórico de Aragón. [...] En Loarre se siente uno satisfecho de ser aragonés y orgulloso de un pueblo que haría honor a los pueblos más nobles de Europa» (pp. 157-164). Así, también Alcolea, donde rememora una tormenta sobre las ripas, tan presentes en su obra:

[...] las [tormentas] más dramáticamente hermosas que he visto en mi vida son las de Alcolea de Cinca. Ni las de las turbulentas Antillas, ni las del frío Canadá, ni las de los Estados Unidos o Méjico o Perú pueden compararse.

Las de Alcolea producen unas exhalaciones con estampidos de distintas categorías, largos y cambiantes. A veces parece que arrojan desde lo alto de

CLEMENTE ALONSO CRESPO

las ripas centenares de toneles vacíos de diferentes tamaños que bajan trompicando. Otras los sonidos son secos y graneados ascendentes o descendentes, como los de una enorme matraca.

Las nubes, cargadas de electricidad, quieren pasar las ripas, la ribera feraz, el río caudaloso y llegar a Albalate, pero a veces las corrientes de viento cambian y las nubes regresan sobre Alcolea. Entonces es cuando la tormenta alcanza su clímax y el dramatismo es tal que pone a grandes y chicos los pelos de punta. (p. 87)

Y Chalamera, su pueblo natal:

Algunos se extrañarán de lo que voy a repetir o lo atribuirán a mi amor por la aldea donde nací. Pero la ermita donde se venera la Virgen de Chalamera es sin duda la más puramente románica y la más notable arquitecturalmente de todas las que he visto en mi vida. (p. 405)

Y mientras tanto la síntesis territorial,

La luz [...] de Aragón es de una variedad infinita, condicionada por las nieves y los pinares de los Pirineos, los desiertos del Somontano, las dobles y triples tonalidades del Moncayo según el sesgo del sol y las serranías carrasqueras de Albarracín. (p. 306)

Pero sobre todo este territorio donde se ancla su obra planea el abandono, como ya escribiera en el final de su novela más emblemática, *Imán*:

En una de esas mulas yo he ido al pueblo desierto del que me hablaba mi hermana Carmen. Verdaderamente es inquietante. Tanta puerta abierta o cerrada, con interiores rumorosos por el viento o las ratas. Las calles desiertas en las que a veces se oyen pasos que son tal vez el eco de los míos, y sobre todo la iglesia sin cura, pero con campanas todavía que a veces tocan solas en la noche, es tan misterioso [...]. (p. 298)

Tan misteriosa como la creación senderiana asentada en su territorio, rememorado en la ensoñación de la biblioteca apócrifa.

UNA AUTOBIOGRAFÍA

En realidad soy de los que piensan que los escritores no hacen más que contar las experiencias personales que les han ido sucediendo a lo largo de su acontecer diario o bien desarrollado en el laboratorio personal, íntimo, de su imaginación. Pero en el caso de Sender sus acontecimientos cotidianos, personales, familiares, amicales nos los ha ido ofreciendo en sus novelas, bien explícitamente como es el caso de *Crónica del alba* o bien con el tamiz de la tela ariadnáica como acontece en *La esfera* o *Los cinco libros de Ariadna*, por referirme tan sólo a una muy exigua parte de su producción. En *Monte Odina* sus recuerdos y vivencias biográficas ni siquiera están disfrazados con la envoltura novelesca puesto que ya nos ha advertido desde el

EL LUGAR DE SENDER

comienzo de que se trata de unas memorias, apócrifas, eso sí, pero por muy falseadas que nos las quiera dar el novelista, por muy imaginadas que las ofrezca quedan los rasgos más perennes de la tierra, de la familia más íntima y de la amistad.

Veamos algunos de estos aspectos en una apretada síntesis selectiva de los aconteceres de *Monte Odina*.

Ramón J. Sender no pudo contemplar la vuelta del cometa Halley (1986) puesto que murió casi cinco años antes de que completara de nuevo su órbita, pero a lo largo de estas memorias apócrifas se hacen numerosas referencias, al mismo tiempo que rememora, como ha ido filtrando en muchos apartados de otras de sus novelas, su infancia perdida, salpicada de aventuras con Froilán, sin desdeñar el efecto vitalista que le ofrece el propio léxico y los giros lingüísticos del territorio cercano a su aldea natal, Chalamera. Así:

Todos los años «el tiempo de las cometas» comenzaba en la primavera, a fines de marzo, cuando los vientos son más veloces y sostenidos. Porque cada año había «el tiempo de las galdrufas» —peonzas—, el del «richoler», que consistía en hacer rodar una pequeña pelota hasta que caía en un hoyo [...].

La gente decía que Froilán había muerto en un accidente muy extraño [...]. Yo no lo creía. Pensaba que se lo había llevado el cometa Halley [...]. Debe estar impaciente después de haber recorrido medio universo con Halley, el cometa color escarcha matutina. O «rosada», como llaman los campesinos a la escarcha, porque al amanecer, con la luz solar de soslayo, toma ligeros matices rosáceos. (pp. 223-224)

Su amigo Froilán, con quien nuestro autor entre otras aventuras corría poniendo esquilas a los buitres, murió electrocutado después de que la cometa que estaba volando se enredara en unos cables de alta tensión. Este dato real sirve a nuestro novelista para memoriar el hecho apócrifamente regalándonos los oídos con la remembranza de las palabras de su biografía lingüística:

Cada cual lo decía a su manera, pero todos coincidían en ligar su muerte a la influencia del cometa. Por otra parte, como la *cometa* del chico y el *cometa* de Halley tenían un mismo nombre específico, la confusión y la unanimidad se comprendían.

Murió de un *relumbre*.

De una *fulgarada*.

De una *refulgencia*.

De un *centellón*.

La homera mayor decía de una *encandilada repentina*. Otros de un *patatús rutilante*. O de un *chupinazo celestial*. (p. 231)

Lo ampliamente desarrollado en *Crónica del alba* viene aquí en ocasiones servido en la mano al hilo de los recuerdos entre libros: «Froilán como amigo y Valentina como novia han llenado toda mi infancia y gran parte de mi vida adulta y secreta. (No tan secreta, puesto que conté lo de Valen-

tina y pienso contar lo de Froilán.)» (p. 90). Aspectos biográficos de su propia familia han sido novelados por nuestro autor. No faltan en este memorial escrito en el refugio de la biblioteca de *Monte Odina*. Veamos algunos: «Mi familia era una familia un poco rara. El único que se salva en mis recuerdos es mi hermano Manuel, asesinado por los fascistas en 1936. Y mi madre, claro. Ella era angelical. Y un poco víctima, como la mayor parte de las esposas de la clase media en aquellos tiempos» (p. 444). A continuación añade: «Pero no me gusta hablar de mi familia» (p. 444). En realidad ha ido dejando retazos de sus familiares, abuelos, padres y hermanos en muchas de sus novelas.³ Estas aportaciones de carácter autobiográfico están preñadas de un pudoroso intimismo, como se puede apreciar en:

Yo tuve víctimas en mi propia familia que dejaron cicatrices imborrables en mi corazón y en mi atormentada alma.

Prefiero no volver a hablar de ellas. Todo el mundo las sabe. Y hay, como he dicho otras veces, el pudor masculino de la tragedia. De la tragedia de uno que ha sido de la España entera. (p. 367)

La tragedia de la muerte de su esposa, Amparo, ha sido disfrazada novelescamente al menos en dos obras: *La esfera* y *Los cinco libros de Ariadna*. A la biblioteca de *Monte Odina*, la solitaria y apartada biblioteca, como metáfora del retorno, la lleva saturado de pudor:

Siempre he gozado de alguna forma de soledad después de la muerte trágica de Amparo, la madre de mis hijos, de la que no suelo hablar porque no quiero vender mi dolor poniéndolo en los libros que tienen precio.

Eso cualquiera lo puede comprender. Digo, cualquier español. (p. 350)

Ya he señalado algo, aunque breve, referido a su hermano Manuel. No podía dejar de hablar en estas páginas de ese espejo humano que fue para el novelista. Así: «No sé qué me pasa, pero cuando un hecho sacude profundamente mi vida, hay una especie de inhibición intelectual que hace difícil escribir sobre él. Por ejemplo, la muerte de mi hermano Manuel, que era y es en mi recuerdo el hombre más noble y puro que he conocido en mi vida» (p. 206); «Fue tan noble el destino de mi hermano que cualquier cosa que escriba sobre él lo empequeñece» (p. 208).

En este memorial, ya al final de su vida, Sender recorre los territorios de la memoria, de su memoria personal, y trae el filtro de su existencia, de su esencialidad como hombre, de lo más auténtico que lo justifica como tal y como escritor, que vendría a ser la tesis principal de mis palabras. De este modo:

A mí, en casa, me llamaban Pepe, porque era el nombre del jefe de la tribu y yo era el hijo mayor. Mi padre se llamaba José, y también mi abuelo y

³ Dado el espacio de que dispongo sólo haré referencia a la dedicatoria a su hermano Manuel en *El rey y la reina*.

EL LUGAR DE SENDER

mi bisabuelo. Aunque mi nombre de bautismo es Ramón José, todos me llamaban dentro de casa Pepe y fuera de ella Ramón. Era como una invitación del destino para la esquizofrenia. (p. 100)

La esquizofrenia escrituraria que los lectores de sus obras conocen muy bien.⁴ De todas formas uno de los seres más queridos por Pepe, el nombre familiar de nuestro autor, es, sin duda, su madre. También, curiosamente, es uno de los que menos se asoman a sus obras de creación. Éste y el de su esposa, Amparo. Quizás la cercanía del afecto y el dolor de su pérdida han impedido su traspaso a la creación literaria, al menos con la diaphanidad con que pueden aparecer las figuras de su padre e incluso de su abuelo. De todas formas y con el reencuentro de Sender con sus ilergetes del Alto Aragón, con las tierras del Cinca, cuando regresa en 1974, nos regala en estas páginas trazos de un lirismo intimista que habla por sí solo:

Mi madre fue durante dos años maestra de escuela en aquella villa en la que mi padre era secretario municipal. Eran los dos muy jóvenes. Cuando yo fui a Chalamera conocí en un viaje anterior [...] a la maestra actual (1976) y ella debió darse cuenta de mi sorpresa al ver que era rubia, joven y bonita como mi propia madre, quien, aunque no volvió a ejercer porque regresó con mi padre a Alcolea y tenía un hijo cada año, estuvo toda su vida muy orgullosa de haber trabajado aquellos dos cursos escolares en Chalamera. (pp. 406-407)

Y más adelante: «La maestría rubia y joven por un lado y la ancianita que me dio de mamar antes de nacer representaban para mí los heraldos de una tierra prometida que no sé dónde ni en qué consiste. La maestra era —repito— bonita como mi madre y dulce como podría ser una hija mía» (p. 410). Y hasta repite insistiendo, al menos en otra ocasión: «Sentía sin embargo no saludar a la maestra de la escuela primaria, que era rubia como fue mi madre, y como ella dulce y afable y sin el menor asombro de afectación» (pp. 376-377).

Las gentes de Chalamera, aparecidas y reflejadas en novelas como *Réquiem por un campesino español*, *El fugitivo* o *El lugar de un hombre*, entre otras, así como sus tierras, en éstas y otras narraciones, son citadas con precisión en este memorial de la biblioteca de *Monte Odina*, y así: «[...] a Antonio Villas, nieto de mi madrina de bautismo. Y al alcalde, hombre enterizo y responsable. Y al cura también, aunque no tuve nunca el placer de comprobar que me toleraba, al menos en tiempos de Franco. Tal vez me equivoco porque sin su permiso las campanas de la torre no voltearían y la última vez que fui lo hicieron locas de entusiasmo» (p. 377); «Antonio Villas, hijo de mi padrino de bautizo, me mostró una vez más las caracolas marinas que de niño me intrigaban con sus rumores de brisas oceáni-

⁴ Sirvan como referencia *Crónica del alba* o *El lugar de un hombre*, por citar sólo dos títulos.

CLEMENTE ALONSO CRESPO

cas lejanas» (p. 411). El propio autor se cita a sí mismo como novelista trayendo a colación sus recuerdos biográficos:

También me recordaba las chimeneas del tejado de enfrente en las mañanas de invierno cuando aparecía cubierta de rocío helado.

Y sobre todo, no sé por qué me sugería la eternidad. Esa eternidad que nadie puede imaginar y que más tarde yo he tratado de materializar en la esfera. En la esfera con sus caminos sin fin. (p. 263)

Mito del eterno retorno es *Monte Odina*, como lo es Aragón y su tierra natal en tantas obras que ahora no puedo referenciar.⁵ Dejemos que sea el propio Sender quien nos lo diga:

Duermo muy bien, en Monte Odina. Al amanecer oigo zureo de palomas y en él se entretienen mi alma y los sentidos.

Luego pienso en una novia lejana —de mi adolescencia— que dejé en Huesca y acabó casándose con otro. En mi inocencia pensaba haberla dotado con la nostalgia y la melancolía, pero pronto supe que estaba fresca, gordita y exultante de felicidad con su marido. (p. 313)

Las Valentinas y Adelas que pueblan femeninamente las páginas noveladas de Sender son rememoradas también entre los libros que le transportan de un recuerdo a otro a nuestro autor. De este modo,

La muchacha más hermosa que vi en mi vida fue en Alquézar. Una joven de cabeza prodigiosamente noble en su brevedad, en sus gruesas trenzas de cáñamo, en sus ojos claros y humildes, [...] en el timbre de su voz, en el continente ni altivo ni humilde, en la gracia callada con que llevaba aquel hecho escandaloso de su belleza. (p. 320)

Y se nos confiesa personalmente, con desnudez más rasgada:

A veces me he quejado de no haber tenido en mis brazos sino mujeres que me gustaban, pero nunca mujeres a quienes de veras quería. La culpa es mía, tal vez. A aquella mocita la he querido toda mi vida. Y no hice nada por tenerla. En el recuerdo la quiero aún ahora. Seguramente se ha casado, ha tenido hijos y tiene nietos casaderos. O murió, tal vez, soltera y virgen. (pp. 321-322)

Su padre, que traspasa las páginas de *Crónica del alba* una y otra vez y hasta, junto a su abuelo, es retratado en *El lugar de un hombre*, queda atrapado en este memorial de esta forma: «Yo fui al cementerio a poner flores en la tumba de mi padre con quien, según he dicho, nunca estuve de acuerdo, pero a quien siempre le tuve respeto y cariño» (p. 339). Y hasta de sí mismo, sin tapujos una y otra vez, esencializándose al menos en estas

⁵ Pensemos tan sólo en el final de *Imán* y en la recuperación del personaje Viance en una de las últimas obras de Sender, *Chandrión en la plaza de las Cortes*.

EL LUGAR DE SENDER

pocas palabras que traigo a colación: «Mi dosis de divinidad consiste en que soy, como tú, como todos los demás hombres, infinitamente limitado. Infinitamente. Piénsalo despacio, lector» (p. 467).

Lector. En definitiva el interlocutor anónimo que siempre busca cualquier escritor, el ansia de comunicación a través del soliloquio que establece el escritor con lo que cuenta en sus obras, con los personajes y las acciones que inventa. En esencia, en *Monte Odina*, el escritor, novelista, Ramón J. Sender, que se fusiona en la metáfora que simboliza el albatros:

El albatros es [...] un ave de la parte astral del planeta, pero vagabundea por todas partes, alcanza alturas enormes hasta hacerse invisible y toda su larga vida vuela errante y a veces extraviado, bajando solamente para alimentarse. Su vida está en los cielos y es fama que duerme en ellos con las enormes alas abiertas. Ellas son su lecho, su nave y sus gaviotas veleras. (p. 399)

El albatros..., como Sender, el hombre, el novelista, síntesis de su vida y de su narrativa.

UN ESTILO

Está claro que, con *Monte Odina*, Sender quiere cerrar su ciclo narrativo, y quizás vital. Esta obra es la última aportación a los libros que pueblan los anaqueles de la biblioteca que nuestro autor está organizando en esta narración apócrifa. En ella, además de construirla como si de una narración se tratara, narración que se mueve ante los impulsos de la memoria dormida de la vida del escritor, despertada a medida que se van tomando uno u otros volúmenes colocados, clasificados, organizados en las estanterías, además, digo, se permite juicios, valoraciones, interpretaciones de la obra y vida de muchos seres, personajes, autores, críticos, en algunos casos practicando la digresión que impera en cierto momento en sus novelas anteriores y que constituye a mi modo de ver uno de los vicios que afean algunas de las obras senderianas.

En *Monte Odina*, se habla, se opina, entre otros y sin mucho orden ni concierto, de la vida y la obra de Goya, Yeats, Wilde, Tirso, Zorrilla, Malraux, Picasso, Pau Casals, Balzac, Mann, Unamuno, Valle-Inclán, Ramón y Cajal, Stalin, Bertrand Russell, Franco, M. Monroe, Sartre, Beckett, Camus, Einstein, Kafka, Buero Vallejo, Sastre, Gala, Casona, Mihura, Arrabal, Azorín, Benavente, Shaw, Englekirk, Neville, O'Neill, O'Casey... También se rememoran momentos de vida traspasados a su novela *Imán*: «Algunos días me levanto especialmente memoratorio y vienen a mí unidades de vida ya agotadas, pero no muertas. Hoy, por ejemplo, recuerdo a aquel suboficial de complemento de Ceriñola 42 que era mi enemigo mortal no sé por qué [...] y un día [...] empuñamos los sables

con la vaina puesta y nos liamos a golpes» (p. 140). Abundan los juicios que una y otra vez ha ido dejando en boca de los personajes de sus novelas anteriores o de la opinión del narrador omnisciente, que no es otro que las heridas personales del múltiple Sender. Así: «En todo caso yo trataré de añadir a los libros de la hipotética biblioteca de Monte Odina una corona de laureles y crisantemos. Una corona otoñal, bien cierta y verdadera. En esa biblioteca me instalo a voluntad sin dejar de ir y venir por el mundo» (p. 32).

No deja de reflexionar sobre las bases de sus recuerdos infantiles, tan presentes en su novelar: «Quizá lo mejor que tienen los hombres en su madurez y en su vejez es lo que conservan de la lejana infancia» (p. 21), buscando las esencialidades biográficas, las que coinciden con su apografía: «Monte Odina, tal como lo soñaba en mis buenos dieciocho años, sigue con vida propia en mi imaginación y estoy tratando de demostrarlo. Con descripciones de nuestra tierra tal como la recuerdo o como querría recordarla» (p. 32).

Hace incluso referencias personales, recordando sus comienzos literarios: «Mi vida literaria comenzó así, en Huesca. Con el estreno en el Teatro Principal de una comedia de sociedad que debía ser una tontería, pero que llenó el teatro hasta las galerías más altas porque fue a beneficio de los chicos del hospicio» (p. 34).

Entre los abundosos juicios sobre personas y escritores quiero entresacar tan sólo dos. Uno, digamos, positivo, el referido a don Santiago Ramón y Cajal, y otro, digamos, negativo, dedicado a Unamuno. Del primero, en algún momento escribe:

Yo viví algunos años en Madrid no lejos de la casa de don Santiago, que estaba en la calle Gutenberg, cerca de Pacífico y del Museo de Antropología, en el que por cierto transcurre la acción de una de mis novelas cortas titulada *La hija del doctor Velasco*, sobre un hecho misterioso e histórico. (p. 20)

En muchas páginas existe, aparece una especial identificación entre el joven Cajal y el que también fue joven Sender, siguiendo en parte las propias palabras que el sabio médico escribe en *Mi infancia y juventud*, una obra que merecería ser conocida, como ejemplificadora, para todos aquellos que un día sean jóvenes, por otro lado tan apegada a los mismos territorios hollados por Sender cuando vivió en Huesca, trabajó en *La Tierra* o noveló una y otra vez.

El personaje negativo de la época madrileña de nuestro autor es sin duda Unamuno, por el que Sender tuvo una especial inquina. Así, «[n]ada hay original en Unamuno, quien suscitó algún respeto por esa superstición un poco boba que existe todavía en España por la *burocracia cultural*. Ser rector de Salamanca, era algo» (p. 23). Y en otra ocasión: «El charlatán don Miguel de Unamuno decía que el sufrimiento acerca y une a los hombres. Si es así no sufrieron mucho los hombres del 98. Sobre todo con sus eternas y frívolas agonías» (p. 337).

EL LUGAR DE SENDER

Abundan las digresiones sobre multitud de aspectos, entre las referidas al teatro, según los gustos del autor. Traigo tan sólo aquí una muy breve: «de Calderón, el supercastrense español, a Camus, el ultracoloniafrancés hay no sólo tres siglos y medio, sino toda la historia accidentada y heroica del liberalismo moderno» (p. 37). Juicios sobre el hombre español no faltan, el hombre que ha transitado por sus novelas: «el hombre podrá tomar a broma la vida, pero no llega a tomarse en broma a sí mismo. Ni a los otros. Hay a pesar de todo un cierto respeto por el hombre. Se le puede matar (eso es otra cosa) pero no ofender. Es decir, que si lo afrontamos hay que matarlo. El respeto de otros países por el hombre lleva implícito un cierto desdén» (p. 27).

Los tipos humanos que han ido desfilando por sus novelas, salvo algunos del otro lado del océano, son siempre españoles y quizás respondan a este juicio: «El *ego* de los españoles es de veras satánico y para estudiarlo no valen los textos de psiquiatría conocidos. Habría que crear otros, como otra es nuestra locura. Freud se queda muy atrás en relación con nosotros» (p. 72). Y sobre las mujeres, tan delicadamente trazadas en sus novelas y tan, siempre, en un discreto segundo plano, opina, citándolas como hembras: «Las hembras son seres extraños y encantadores. Uno se acerca a ellas con hambre [...] y ellas entienden esa hambre que a mí me parece viciosa y fraudulenta como un homenaje. Un motivo de gloria que justifica su existencia» (p. 73). Y más adelante añade: «Nosotros fingimos el amor, ellas fingen creernos y se produce entre dos engaños la flor de la maravilla, la orquídea sacramental [...] donde millares de potenciales seres pelean para venir a la vida» (p. 75).

Son abundantes las muestras de léxico aragonés que aparecen en sus novelas. Vaya tan sólo una que considero auténtica perla de *Monte Odina*: «Un ayudante del hortelano me dijo un día mientras afilaba una vara para sujetar los dos tallos de un injerto: —Cuando un hombre tiene la fachenda de nacimiento libresco no necesita echar roncás» (p. 86). Que vale casi como un tratado de poética. El hombre campesino, o el de ascendencia campesina, el rusioniano con su hombría primitiva,⁶ siempre han interesado en el novelar senderiano, quizás porque «[n]o es que yo crea que los campesinos son perfectos como seres humanos. No hay un ser humano perfecto en el orbe, y si alguna vez hemos creado un arquetipo de perfección nos hemos apresurado a crucificarlo. Pero el campesino está en sus vicios y defectos más cerca de la naturaleza elemental, y eso lo salva» (p. 174). Y no me resisto a recoger un giro lingüístico que molesta especialmente a Sender, tan avisgado por otro lado en observar la manera de hablar de las gentes para después trasplantarla a sus novelas: «la epidemia más extendida de nuestro tiempo es la estupidez “a nivel” (como dicen) internacional y mundial. Porque eso de “a nivel” es un barbarismo. Se debe decir “en el nivel”» (p. 173).

⁶ Recuérdense Paco, el del molino, Viance, Sabino...

CLEMENTE ALONSO CRESPO

A veces ciertas digresiones le llevan a perderse en variopintos circunloquios que desmerecen, como ocurre en algún momento de sus novelas. Así, entre las páginas 215 a 220, cuando habla entre otras cosas de «nuestra psique», que «vive de la masa activa de los protones llamados negativos y de la noción que en ellos reside [...] de la *antimateria*», o el episodio del té y del taoísmo, que ofrece tedio (p. 290 y ss.). Ripiosos son también los «poemas» que intercala en *Monte Odina*, como algunos de los publicados en su *Libro armilar de poesía y memorias bisiestas*. Pero, como «todas las bibliotecas son un vano intento de salvar a nuestra imaginación del caos» (p. 109), esta de *Monte Odina* queda, entre otros múltiples aspectos, justificada por algunos rasgos de estilo y de construcción escrituraria. Así, nuestro autor, que no ha hecho más que novelar la vida sencilla de las gentes sencillas a lo largo de su vida, escribe: «La gente sencilla sabe más de lo que ella misma cree saber. Es un saber latente e inconsciente que de pronto y por algún motivo inesperado se ilumina y se puede comunicar a los otros con palabras» (pp. 273-274).

Pero ¿por qué escribe todo esto Sender y por qué se ha pasado toda su vida escribiendo? Quizás porque «tengo la impresión de regresar a mi infancia y muchas de esas viñetas de la vida rural tendrán pronto algún interés en un mundo que cambia tan deprisa» (p. 319). Y justifica que sus novelas se basen siempre en la observación de la realidad real, porque

yo sé muy bien que todo lo que puede imaginar nuestra fantasía o nuestra razón está en la realidad, porque sólo puede alcanzar nuestra capacidad de ensoñación aquellas cosas que están en el campo del cual hemos venido y dentro del cual nos movemos y del cual somos subsidiarios. (p. 285)

Aunque haya que inventar la realidad novelada, no en balde el escritor nos refiere:

Un hermano mío [...] me dijo: «Las cosas que inventas son mejores y más convincentes que las cosas verdaderas». Esas palabras de mi hermano caído en sangre inocente, como tantos otros gloriosos mártires de los años 1936-39, me han acompañado cuando pensaba en mí mismo y en mis tareas de hombre que recuerda cosas y las escribe para que las lean los demás. (p. 285)

Hasta opina sobre la utilización de la primera persona gramatical, tan presente, por otro lado, en sus novelas. «Escribir en primera persona estimula la curiosidad del lector de una manera que podríamos llamar natural y no artificiosa, lo que es siempre importante» (p. 189).

Abundan en esta obra los guiños o, mejor, palos hacia los críticos, como ya he señalado al principio, y deberemos aprender la lección cuando escuchamos sus palabras: «el que puede producir algo en arte lo produce, y el que no puede se dedica a enseñar a hacerlo a los demás» (p. 52). Y, si faltaba algo, sin tapujos escribe:

EL LUGAR DE SENDER

Quiero decir que escribo para mí mismo, sobre todo la poesía, y que cuando la publico me tiene sin cuidado lo que digan de ella, hasta el extremo de que no envío ejemplares a los críticos, aunque los hay excelentes y no oculto mi admiración por alguno de ellos. (p. 78)

Y, como final, el refugio de siempre en su infancia y en su territorio, tan importantes en su novelar, que justificarían sus palabras «mi territorio es Aragón y a él me atengo»,⁷ pronunciadas hace tiempo y en *Monte Odina* hechas presentes de nuevo: «yo también hago mis pequeñas excursiones. Una de ellas —quién iba a decirlo— a Chalamera, mi aldea natal. No era necesaria mi visita porque llevo a esa querida y pequeña villa en mi memoria y en lo mejor de mis infantiles recuerdos» (p. 375). Chalamera como útero materno que ha acogido siempre las maneras noveladas de Ramón J. Sender, sintetizadas en los libros de la extensa biblioteca que como metáfora mitológica del eterno retorno nos ha ofrecido, porque «[d]esde Monte Odina se puede intentar un resumen del mundo. Tal vez del universo. Al menos del mío» (p. 61).

⁷ En *Conversaciones con Ramón J. Sender*, Madrid, Magisterio Español («Novelas y Cuentos»), 1969.